

EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LXI

Madrid, 13 de mayo de 1934

Número 19

INSTINTO MATERNO

Tornar contem-
plo del país lejano
un jovencito con
bordón en mano...

No habiendo ha-
bido nadie que re-
conociera al pere-
grino, ni su espo-
sa, ni sus mejores
amigos, se aleja
lleno de tristeza, y
una furtiva lágri-
ma rueda por sus
tostadas mejillas;

Recogida, su
madre, taciturna,
entre tanto a la
iglesia caminaba.

—¡Dios os guar-
de!—dijo él mien-
tras pasaba,
y nada más. La
madre un grito da:
—¡Hijo! Y reclina
la marchita frente
sobre el hombro
del hijo, cuyo ros-
tro,

si otro clima mu-
dó, su pecho ar-
diente
desnudo al ojo de
la madre está.

Si; el ojo de la
madre penetra
hasta donde nin-
gún ojo puede al-
canzar...



El niño que aprendió amar a su madre

Se trata de una historia que, sin duda alguna, muchos de los pequeños que lean estas líneas habrán oído ya más de una vez; pero su ejemplo es tan notable que vale la pena repetirla.

Un pequeñito de ocho años de edad escuchó una conversación sobre una cuenta a pagar por un trabajo, y en seguida, llevado del instinto de imitación que poseen todos los pequeños, pensó que él también debía presentar a su mamá una factura que incluyese los trabajos que, según su opinión, había realizado en su beneficio.

Y como lo pensó, lo hizo. Cogió papel y lápiz y escribió lo mejor que pudo la siguiente cuenta, que colocó en la mesa, debajo del plato de su madre: "Mamá le debe a Guillermito: Por traer el carbón seis veces, 20 céntimos; por llevarle agua muchas veces, 30 céntimos; por hacerle varios recados, 15 céntimos; por haber sido bueno dos veces, 10 céntimos. Total, 0,75."

Al ir a comer, la madre vió la cuenta de su hijito; pero no le dijo una palabra mencionándola. Por la noche, al sentarse Guillermito a cenar, encontró los setenta y cinco céntimos debajo de su plato, y también otra factura, que decía lo siguiente:

"Guillermito debe a su mamá: Por un hogar feliz durante ocho años, nada; por la comida y la ropa, nada; por cuidarle durante una larga enfermedad, nada; por ser buena con él, nada. Total, ¡nada!"

Cuando Guillermito vió los setenta y cinco céntimos se puso muy contento y hasta

pensaba ya en las golosinas que podía adquirir con esta para él tan crecida cantidad; pero cuando leyó la cuenta de su madre asomaron unas lágrimas a sus ojos e incluso comenzó a temblar. Y comprendiendo la lección que su mamá había querido ofrecerle, abrazóse a su cuello, y, besándola muy fuertemente, la dijo que le permitiera hacer muchas cosas para ella.

Este niño, con tan sencilla lección, había aprendido a amar a su madre.

El segundo domingo del mes de mayo es dedicado por todo el orbe evangélico a obsequiar y homenajear a la madre; pero no sólo en este día, sino en todo momento, debe ser objeto por parte de sus hijos de un profundo amor y un homenaje constante.

Aprended vosotros también, pequeños lectores de EL AMIGO DE LA INFANCIA, a amar a vuestras madres, y demos gracias a Dios todos los que tenemos el privilegio de tenerla a nuestro lado.

¡Obedecedla! ¡Amadla! ¡Respetadla! Haciéndolo así estáis cumpliendo la voluntad del Señor, que en uno de sus mandamientos nos ordena que honremos a nuestras madres, e imitemos también a Nuestro Señor Jesucristo, que amó a su madre con tal cariño, que, aun en medio de las torturas a que fué sometido en el suplicio de la cruz, la encomendó al cuidado y protección de Juan, el discípulo amado.

RAMÓN TAIBO SIENES

Elisina y su madre

Elisina tenía permiso para hacer una visita a la tía Lola, porque esta tía tenía una nena, y a Elisina le gustaban los pequeños con delirio. Cada vez que por la calle pasa un cochecito ella se para, mirando lo que hay dentro. Ahora estaba en su glo-

ria. Se inclinó sobre la cuna y admiraba las lindas manecitas y deditos, los piecitos y las pequeñas orejas, y no dejaba de hablar de lo precioso que era el nene chiquitín. También la permitían asistir al baño del pequeño, y además veía cómo la tía

le mudaba de pañales. Lo último no le agradó tanto y hacía muecas de asco; no le hubiera gustado ayudar en este acto. Le extrañaba que a la tía, ella misma, tan fina y tan pulcra, no le asqueaban los pañales sucios, que ella misma solía lavar. Todo eso la puso muy pensativa, y observaba también con más atención todo lo que hacía la tía para su pequeño.

Uno de los días siguientes el tío fué de viaje y Elisina podía dormir al lado de la tía, así que también por la noche estaba cerca del nene. Tenía el sueño ligero, después de una enfermedad pasada recientemente. Observó cómo la tía tenía que levantarse varias veces durante la noche, aunque tenía todavía mucho sueño. Y a la madrugada se dejaba oír la vocecita, y no descansaba hasta que la madre le daba el desayuno. Y qué cansancio tenía la tía aún. Pero jamás pensaba en sí; solamente en el pequeño. Cuando el nene se había hartado y metido en su cunita, chapurreaba satisfecho. Elisina se estrechó contra la tía y preguntó en voz baja: "¿También ha tenido que hacer tantas cosas para mí mi madre, como tú por el nene? ¿Se ha levantado por la noche y me ha mudado de pañales y los ha lavado? ¿Y me ha dado la teta??" "Claro que sí, Elisina; todas las madres hacen lo mismo. Y lo hacen con gusto. Y tu madre—¡cómo me acuerdo!—, cuando tú habías caído enferma, muchas semanas seguidas ¡cuántas zozobras y penas no pasó! Muchas noches apenas se ha acostado. Cuando te movías un poquito ya estaba de pie y al lado de tu cama. Y en aquel tiempo estuve quince días en vuestra casa para ayudar a mi hermana; pero apenas me dejaba hacer nada para su niña. Así son las

madres. Ahora que yo misma tengo un nene lo comprendo. Pero, duérmete; es todavía temprano."

Elisina hacía como que dormía. Constantemente tenía que pensar en su madre. Hasta ahora nunca había meditado sobre lo que su madre había hecho por ella y lo que tenía que agradecerla cada día. Lo había tomado como la cosa más natural del mundo. Ahora por primera vez se daba cuenta de ello y le pareció cada vez más grande. Por fin se durmió y soñó con su mamá. Despertándose, su mirada se fijó en un texto que decía: "¡No olvides ninguno de sus beneficios!"

Claro, esto se refería a Dios, pero también vale para la madre; no olvides todo lo que ha hecho para ti tu madre; y no olvides dar gracias a Dios, que te ha dado esta madre cariñosa.

Cuando a poco volvió a su casa, la madre bien notaba que algo había ocurrido con su niña. No decía mucho, pero siempre estaba pronta para ayudar. Y de vez en cuando la madre observaba una mirada llena de cariño de la niña. Por fin, preguntó: "¿Qué hay, Elisina?" La niña contestó casi avergonzada: "Ahora sé todo lo que has hecho por mí cuando yo era pequeña, y te quiero tanto."

Cuando poco después, en la noche del "Día de la Madre", una vecina enseñó a la madre, llena de orgullo, un ramo de flores que sus hijos habían encargado en una tienda para ella, la madre de Elisina contestó: "Lo que me da mi Elisina todos los días es más aún que estas flores. ¡Para mí todos los días son "Días de la Madre"!"

Así aman las madres

El relato que vamos a hacer se refiere a un incidente acaecido en Suiza. Sucedió que un día un águila de los Alpes descendió al campo donde estaban trabajando unos labradores y tomó en sus garras a un niño de tres años de edad, que en esos momentos jugaba solito.

Los campesinos, que estaban ocupados recogiendo heno, vieron cómo el águila se llevaba al niño; pero no pudieron hacer nada para impedirlo. Inmediatamente se reunieron para ir a rescatar a la criatura. Primero hicieron salir al ave de rapiña de su nido, valiéndose para ello de tiros de escopeta, pues el niño se encontraba aún en aquellas alturas, entre las peñas donde el águila tenía su tranquila morada. Luego uno de los hombres se esforzó para llegar hasta el nido del águila; pero las rocas eran tan escarpadas, que le fué imposible llegar hasta donde estaba la criatura. Vino después un cazador acostumbrado a escalar las faldas breñosas de esas montañas, pero éste tampoco tuvo éxito.

Entonces se presentó una mujer joven y dijo que ella subiría. ¡Era la madre del niño!

Los campesinos la vieron ascender paulatinamente: algunas veces parecía que se iba a despeñar; pero siguió adelante, sin mirar atrás, hasta llegar al sitio donde estaba el niño. Se había lastimado las manos, las rodillas y los pies, pero logró salvar a su hijo.

Así es el amor materno.

Si tienes una madre todavía,
da gracias al Señor, que te ama tanto;
que no todo mortal contar podría
dicha tan grande ni placer tan santo.

EL HOGAR

Un periódico de Londres ofreció un premio a la persona que diera la mejor definición del hogar. He aquí algunas de esas definiciones:

El hogar es la corona brillante, de la cual la joya más valiosa es la madre.

El lugar donde se vive lejos del mundo del pecado y se vive en el mundo del amor.

Un puerto que da sombra cuando el sol de la prosperidad brilla; un puerto donde la barca humana encuentra abrigo en el tiempo de adversidad.

El hogar es la simiente de la cual el cielo es el fruto.

El hogar es la herencia que se recibe sin injusticia, que se conserva sin inquietud; un lugar donde el tiempo se emplea sin que tengamos que arrepentirnos, y que es gobernado por la justicia, la misericordia y el amor.

Un gran espejo, a través del cual se pueden ver nuestros dos lados.

Un lugar de confortación que los jovencitos no aprecian, que los jóvenes de ambos sexos desean, que los hombres viriles generalmente poseen y que los ancianos valúan dignamente.

El mejor lugar para un hombre casado después de las horas ocupadas.

El único lugar en la tierra donde las faltas de la caída humanidad son escondidas bajo un manto de caridad.

Un lugar donde los grandes a menudo son pequeños y los pequeños son grandes.

El reino del padre, el paraíso de los niños y el mundo de la madre.

Una institución popular, pero paradójica, donde la mujer trabaja en ausencia del hombre, y el hombre descansa en presencia de la mujer.

(De "La Aurora".)

PRECIO DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.